

bosques que ahora mira el poeta, con el paso del tiempo, ralos o destruidos, hasta dejar pasar el sol entre sus claros. Alusión indudable a un grave mal: la deforestación castellana. De atrás le viene el pico al garbanzo, pues ha llegado hasta nosotros. Recordemos los duros versos acusadores de Antonio Machado:

*El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo guarda como botín de guerra,
antaño hubo ráido los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra*⁷.

Nuestros dolores vienen de lejos; nuestros dolores no se acaban; nuestros dolores duran y no curan. No los sabemos descascar. Así pues, la estúpida meticulosidad de González de Salas le sirvió, únicamente, para hacer el soneto ininteligible y darle muerte y sepultura. Su vida, entre tropiezos y empujones, no ha pasado del sexto verso.

La inocencia es peligrosísima, y González de Salas, sin duda alguna, era persona simple e inocente. No daba crédito a sus ojos. Miraba y no leía. No se atrevía a leer, pues la lectura, como todos sabéis, quita inocencia. El no quería perderla. La inocencia es osada, y González de Salas llegó al atrevimiento, con este soneto, más allá de todo límite imaginable. Veamos ahora, sin detenernos mucho en ellos, los versos finales:

*Entré en mi casa, y vi como cansada
entregaba a la muerte sus despojos,
hallé mi espada de la misma suerte,

vide mi ropa de servir gastada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no me diese nuevas de la muerte.*

Versos humildes, vividos, desgastados, que andan con levedad y a ras de tierra como las hojas caídas de los árboles. Todo está en ellos supeditado al ritmo agónico, lento y silábico de la muerte. Sólo se juntan para morir. Se les ve jadear, y son un estertor que sólo se termina con el fin del soneto. Se diría que todos los objetos que los pueblan se mantienen en pie difícilmente. La casa está cansada y se entrega a la muerte. Sus muros son despojos. Están de pie, cansados. La espada, con el moho, se ha convertido también en un despojo. La ropa está gastada por el uso. Ya es inservible: al trasluz se verían las vergüenzas del dueño. En la versión de González de Salas se ha suprimido, precisamente, el mejor verso del soneto:

vide mi ropa de servir gastada,

⁷ ANTONIO MACHADO: *Campos de Castilla*, pág. 55.

con ese trémulo arcaísmo de la palabra *vide*, que le da una ternura antigua y ese sentido humano de la ropa vivida y sudorosa. Es el verso que da al poema su desgarró, su desplante, su intimidad y, al mismo tiempo, su modernidad. Es el verso más nuestro, y más diario, y más convaleciente, y más afortunado. Cierra y culmina el tono. En un poema de enterramiento esta ropa tazada por el uso es igual que un sudario. Pues bien, con mano ciega de humanista y no de poeta, González de Salas lo suprimió por pudibundez. Le pareció que no era un verso decoroso, que no era un verso literario, y para darle rango a la escritura suprimió la bajeza de la ropa, para sustituirla por ese verso remendón y degenerativo:

mi báculo más corvo y menos fuerte

que es, ¿cómo no?, de su propia cosecha, y cada vez que lo leemos o lo decimos nos parece peor. Enferma nuestros ojos. Aunque no tiene demasiada importancia, añadiremos que don Jusepe también ha deslucido el verso final, ya que decir que todo cuanto vemos nos da noticias de la muerte, esto es: nos hace dialogar con ella, nos da un mensaje suyo, un mensaje mortal, es expresión más viva y más precisa, y menos tópica que la empleada por González de Salas: todo cuanto miramos nos recuerda la muerte.

Descansar, para llorar, dice, con pesimismo, un refrán español. En este caso, el pesimismo acierta. En este caso, siempre asistimos a una nueva caída que es peor que las anteriores. Todo es posible con González de Salas, pues lo más sorprendente del caso es que no se ha enterado siquiera de la estructura del soneto que corregía. No entendió su sentido, ni su esquema. No atender es como no leer, y a quien no atiende a lo que mira se le llenan los ojos de telarañas. El esquema o esqueleto de este poema:

Miré los muros de la patria mía

es un alarde de ajuste y precisión que está regido, igual que un organismo, por el acierto de la palabra *muros*, y se refiere, como tema central, al desgaste a que el tiempo los somete. El poema está compuesto como un *travelling* cinematográfico, que va desde lo más lejano a lo más próximo. La perspectiva lejana se refiere a los desmoronados muros de la patria y corresponde al primer cuarteto. La perspectiva próxima se refiere a los muros del campo, al bosque destruido, que ha dejado al ganado sin sombra, y corresponde al segundo cuarteto. La perspectiva inmediata se refiere a los muros de la casa que ya están arruinados, y corresponde al primer terceto. La perspectiva contigua se

refiere a los muros del cuerpo, a la ropa inservible, gastada por el uso, y corresponde al terceto final. Cada una de las estrofas del poema está ligada a las restantes por el acierto metafórico de estos muros, estas defensas últimas, que con el paso del tiempo fueron desmoronándose, destruyéndose o desgastándose. La voz se llena de emoción al avanzar desde lo más alejado a lo más íntimo, hasta quedar estrangulada. Soneto de una sola alegoría⁸, su arquitectura es perfecta y lo convierte en un ser vivo, donde todos los versos, y todas las estrofas, y todas las palabras, cumplen una función necesaria y vital. El humanista don Jusepe González de Salas, por sus muchos pecados, no se dio cuenta de ello. No atender es no ver. ¡Líbrenos Dios de amigos que mejoren nuestros poemas!

Ahora, tengo que confirmar la certidumbre de que los versos tan acremente censurados por nosotros no están escritos por Quevedo. Son una estúpida corrección de González de Salas. Un pecado mortal. El gran poeta no los pudo escribir. Quevedo no los escribió. El mismo lo confirma de manera inequívoca y vamos a probarlo. Entre escritores es cosa muy frecuente repetir un esquema acertado. Y en este caso, afortunadamente para nosotros, lo hizo Quevedo. Estas son sus palabras: «¿A qué volvéis los ojos que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí»⁹. Este es, con muy ligeras variaciones, el mismo esquema, puesto en prosa, del famoso soneto. La ropa suprimida por la pedante pudibundez humanística de don Jusepe, la ropa desgastada por el uso se encuentra en primer término, es decir, se encuentra valorada como le corresponde. No fue Quevedo quien suprimió este verso; antes por el contrario, lo volvió a utilizar, considerándolo un acierto. No creo preciso insistir más. He aquí a Quevedo que se levanta de su tumba y denuncia, con propia voz y propia mano, la vanidad adulteradora y la mendacidad de su editor.

En resumen: don Jusepe, que sabía muchas cosas¹⁰, sabía muy poco de poesía. Era un poeta remendón y no entendió que el soneto *Miré los muros de la patria mía* está compuesto por una sola alegoría. No entendió su estructura cuatrimembre, en la cual cada estrofa está regida por la palabra *muros*. No entendió que el soneto se encuentra construido igual que una secuencia cinematográfica, que va desde lo más distante a lo más próximo, pues comienza en los muros de la patria (es decir, la frontera de España) y termina en el traje (es decir, la frontera del cuerpo). No entendió que la edad es una cosa y la vejez es

⁸ Véase nuestro trabajo «La poesía cortesana», en *Poesía lírica*, Ed. Nacional, Madrid.

⁹ FRANCISCO DE QUEVEDO: *Obras completas en prosa*, Ed. Aguilar, Madrid, 1945, pág. 212.

¹⁰ En distinta ocasión hablaremos de sus méritos: hoy pedimos justicia contra él.

otra muy distinta, pues cada nueva edad es un comienzo y la vejez es un acabamiento inapelable. No entendió de la misa la media. No entendió literalmente nada, pero modificó con zafiedad la poesía de Quevedo. La editó, desde luego; y esto le agradecemos. Lo editó, desde luego; y al corregirlo lo enterró. Para siempre jamás.

LUIS ROSALES

Vallehermoso, 26, bajo
MADRID-15